

TÍTULO:"SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO:LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

"SU MEJOR AMIGO"



TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

"SU MEJOR AMIGO"

La alcayata se agarraba con fuerza a la pared y la hembrilla oxidada se incrustaba en lo que parecía ser el centro exacto del listón. Sin embargo, aquella fotografía en blanco y negro enmarcada en madera de caoba y protegida por un cristal antiguo, de esos que ondulan las imágenes y las dotan de movimientos extraños dependiendo de la localización del espectador, se empeñaba en desplazarse hacia la parte inferior derecha, como si el vértice del marco buscara el rodapié de mármol blanco, como si quisiera seducir a las telas que se entreveraban en el enlosado.

Siempre había sido así. Desde niño me acostumbré a aquella anomalía que perturbaba el natural equilibrio establecido en el despacho de mi padre, la consonancia entre el mobiliario de roble, la lámpara de bronce repujado y las cortinas de cretona, la armonía entre sus seis libros publicados, en los que todos hacen referencia a la minería, donde combina la prosa con el verso y ordenados sobre los anaqueles siguiendo criterios como la altura y el grosor, la pregnancia de unos lienzos representativos del realismo francés del siglo diecinueve, de esos paisajes que destilaban melancolía y en los que era posible captar el rumor del viento por entre las hojas de los árboles y estremecerse con el relente áspero que hostigaba a unos horizontes manchados con el cobre desleído del amanecer.

Era la primera vez que entraba en el despacho de mi padre sin que estuviera él presente. Hacía apenas dos semanas que había fallecido, de repente, en silencio, mientras dormía. Su muerte resultó ser como su vida, un reflejo fiel de su existencia, discreta, callada, un testimonio de sobriedad.

TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

Una vida que no fue sino un inquebrantable fluir de cariño, de sonrisas tenues, de camaradería, una cotidiana cintilación tramada de serenidad, como el deshielo sosegado de esos carámbanos que se descuelgan de los aleros de los tejados y que esmaltan ilusiones cercanas en los ojos de los niños. Un gran luchador de la sociedad, de la cultura y defensor de su lengua materna en un momento nada fácil. Y todo aquel afecto suyo aún parecía deambular por entre la penumbra de las alcobas y la claridad del corredor abierto al sol del mediodía, para reposar luego sobre los pomos dorados de las puertas, en los bordes biselados de los espejos, sobre el rozado pasamanos de la escalera.

Todo se encontraba como él lo dejó, como a él le gustaba que estuviera, en su lugar. Sus papeles, sus libros, su pluma estilográfica, todas sus cosas esperaban, embadurnadas de paciencia, a que mi padre regresara de un momento a otro de la mina, para infundirles vida, una vez más: el reloj de bolsillo y el abrecartas de marfil sobre el escritorio, su valiosa colección de cartas náuticas del Cantábrico expuesta en la vitrina, el sillón de cuero con tachuelas de latón... Al principio, no reparé en él, pero al encender la lámpara del escritorio lo vi sobresalir por entre las páginas de un libro abierto. Era un sobre de color sepia. Un sobre que llevaba mi nombre escrito con su letra siempre esmerada en el anverso. Durante un instante, cerré los párpados para soportar mejor la marea gélida que, inclemente, batió mis entrañas.

Durante unos instantes, sentí cómo mi corazón se agitaba en un murmullo de latidos tenaces, cómo mis manos se deshacían en muñones temblorosos, groseros, incapaces de articular movimiento alguno. Durante unos instantes creí sentirle muy cerca, quizá sentado en su sillón de cuero con tachuelas de latón, con las piernas cruzadas y una sonrisa en sus labios, como esperando a que me decidiera a abrir aquel legado suyo en color sepia.

TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

Esperando a que desvelara su última confidencia.

Tomo el sobre y mi mirada peregrina por toda su orografía al encuentro de algún indicio, de alguna huella que me ayude a descubrir lo que alberga, pero no tropiezo más que con mi nombre y con una gota aplastada de lacre rojo que cierra la solapa del reverso.

Miro el reloj de bolsillo que late sobre el escritorio, en un gesto instintivo que ni siquiera me permite conocer la hora. Desgarro el borde superior del sobre con el abrecartas de marfil, despacio, con cuidado de no hacer ameos el sello de lacre rojo. Pero no son las palabras manuscritas de mi padre lo que encuentro. Es una llave. Una diminuta llave trabada a un círculo de bramantes trenzados. No logro entender nada. La desplazo por entre la impaciencia de mis dedos, por entre la intriga alojada en mis pupilas, por entre este palpito efúmero que me araña el corazón, casi sin rozarlo, que se arrima a mi mente en oleadas inciertas, que quiebra, con un rumor de mimbres secos, todas mis incertidumbres, que consigue, al fin, que introduzca la llave en la cerradura del único cajón del escritorio.

La hago girar, sin esfuerzo, sin que aquella matriz de hierros, perfectamente engranados, profiera lamento alguno. Dentro del cajón no encuentro pliegos de papel, ni cuadernos, ni sobres sellados con lacre rojo. Dentro del cajón, sobre un lecho tenue de polvo y de silencio, reposa una arqueta de plata labrada, sin lustre, negreada con esa pátina sucia que atestigua el paso del tiempo. Una arqueta que guarda su interior tras una matriz de hierros engranados, tras un mecanismo que sólo obedece los dictados de una llave ausente, de una llave que no poseo.

Pasan los minutos, quizá ya las horas, la arqueta sobre el escritorio, yo sentado en el sillón de cuero con tachuelas de latón, el reloj de bolsillo latiendo al abrecartas de marfil, suavemente, sin descanso, con la cordialidad de los buenos amigos, la colección de cartas

TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

náuticas asomada a los cristales de la vitrina, sus seis libros publicados sobre los anaqueles, los lienzos que continúan destilando melancolía por unos horizontes manchados con el cobre desleído del amanecer.

La fotografía en blanco y negro enmarcada en madera de caoba y protegida por un cristal antiguo que alabea el contorno de las imágenes, empeñada aún en desplazarse hacia la parte inferior derecha, con su vértice arrostrando al rodapié de mármol blanco...

Me pongo en pie, muy despacio, valorando el palpitar de cada instante, el fluir del aire a mi alrededor, la calidez de esa luz que se derrama desde la lámpara de bronce repujado; aquilatando cada uno de mis pensamientos hasta amalgamarlos en una intuición que ya se trueca en convencimiento. Creo estar seguro. Seguro de lo que debo hacer. Ahora.

Me acerco a la fotografía en blanco y negro y la descuelgo. La alcayata se agarra con fuerza a la pared y la hembrilla oxidada se incrusta en lo que parece ser el centro del listón. Una vez colgada, no debería torcerse hacia la parte inferior derecha; sin embargo, jamás ha dejado de hacerlo. No necesito medir la distancia entre la hembrilla y los extremos del marco. No me molesto en calibrar el espesor del cristal en cada uno de los ángulos. Contemplo el retrato, una vez más. Es una escena entrañable: mi padre y su amigo Alejandro, un amigo al que no llegué a conocer, tras una jornada de pesca en la playa, sonríen orgullosos a la posteridad junto a sus capturas, cuatro doradas de tamaño respetable. Una anotación en tinta azul da fe del lugar y de la fecha:

"Playa de Xagó (Asturias), Septiembre de 1965".

Septiembre de 1965, apenas unos meses antes de nacer yo.

TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

Armado con unos alicates, retiro los clavos que fijan el marco a la tablilla posterior.

Ésta se desprende con desgana, esparciendo en el aire una leve espiral de polvo que se enreda, en un titilar apenas visible, con la cálida luz de la lámpara para yacer luego, como ceniza blanca, sobre las teselas del enlosado. Ahora puedo verla, tras la fotografía, en el ángulo inferior derecho. Es una llave. Una llave diminuta trabada a un círculo de bramantes trenzados. La llave de la arqueta de plata.

No puedo evitarlo. Vuelvo a experimentar las mismas sensaciones de hace apenas unos minutos, o quizás de hace algunas horas, no lo sé, mi corazón se estremece, mis manos se colapsan en apéndices de cristal, envarados, absurdos, huérfanos del calor sanguíneo. Unas manos agarrotadas que se afanan en introducir la llave en la férrea matriz de la arqueta, una y otra vez, hasta conseguirlo. La cerradura cede entonces exhalando un gemido hondo, sombrío, como si se hubiera lastimado después de demasiados años de sosiego, de íntima oscuridad, tal vez también de olvido. Y, es al abrirla, cuando el interior de la arqueta -un solo papel doblado sobre terciopelo azul- parece respirar con ansia todo ese aire encharcado de claridad que nos envuelve. Cierro los párpados y me entrego durante uno segundos a un duermevela que merezco, procurando descanso a mi conciencia, seguro de que todo terminará muy pronto, en cuanto despierte. Y, es entonces, cuando creo sentir de nuevo a mi padre, a mi lado, respetando la cadencia de los instantes, guardando los aledaños de mi sueño, disfrutando de la cercanía de sus cosas y de su hijo, esperando a que mis pupilas se abran y comiencen a leer el contenido manuscrito de un papel doblado sobre terciopelo azul.

TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

Lo despliego con cuidado, sin apenas tocarlo, estirando sólo de sus esquemas, permitiendo que mi mirada se funda con la caligrafía esmerada de mi padre, con sus trazos firmes, con su natural tendencia a inclinar las letras hacia la derecha, a la horizontalidad estricta de sus líneas. Es una carta. Una carta dirigida a mí, con mi nombre

"Ramón D'Andrés" y fechada hace más de cuarenta años, cuando yo sólo era un niño que se esforzaba en pronunciar bien la letra *erre* y en jugar al balón entre los dos árboles del jardín que hacían las veces de improvisada portería. Un lienzo de lágrimas arropa mis pupilas conforme la voy leyendo: me habla de su amigo Alejandro y de un accidente de coche en el que perdieron la vida él y su mujer, un accidente en el que sólo sobrevivió el hijo de ambos, milagrosamente, sin que nadie se explicara cómo un bebé pudo salvarse dentro de aquel dantesco amasijo de hierros, cristales quebrados y neumáticos calcinados. Sin parientes cercanos que pudieran hacerse cargo del pequeño, mi padre no dudó en adoptarlo.

Y lo crió como si aquel niño fuera su verdadero hijo, compartiendo con él cada instante de su vida, una vida sobria, discreta, callada. Una vida que, no fue sino, un inquebrantable fluir de cariño, de sonrisas tenues, de camaradería, una cotidiana cintilación tramada de serenidad...

Me siento sobre su sillón de cuero con tachuelas de latón, muy cerca del reloj de bolsillo que ha dejado de latir al abrecartas de marfil. Y mientras le doy cuerda, muy despacio, percibo cómo el corazón dentado del reloj vuelve a palpar tras una muerte efímera y sin sollozos.

TÍTULO: "SU MEJOR AMIGO"
PSEUDÓNIMO: LUNALUZ
CATEGORÍA: MENORES DE EDAD
IDIOMA: CASTELLANO

Y tras leer la última línea de la carta, justo antes de su rúbrica, creo sentir, una vez más, todo su afecto acariciándome el rostro, golpeando levemente mi espalda para infundirme ánimo, como siempre, reposando sobre los pomos dorados de las puertas, en los bordes biselados de los espejos, sobre el rozado pasamanos de la escalera, deambulando por entre la penumbra de las alcobas y la claridad del corredor abierto al sol del mediodía.

Una voz infantil me llama desde el umbral de la puerta. Es mi hijo David:

- Papá, dice mamá que vengas a comer, que se está haciendo tarde.

Yo le sonrío, pero me mantengo en silencio, inmóvil sobre el sillón, las manos aferradas a la carta, mis pupilas veladas por un cendal de lágrimas que no parece querer abandonarme. El niño se acerca, se acomoda en mi regazo y se queda contemplando la fotografía en blanco y negro que nos sonríe desde el escritorio. Señala con el dedo a Alejandro y me pregunta con ese desparpajo que sólo alumbra la inocencia:

- Papá, ¿quién es el señor que está junto al abuelo?

Intento amarrar mis emociones, agavillarlas para fingir una entereza que me rehuye.

Aprieto los labios, deslizo el dorso de la mano sobre mis párpados enrojecidos y arrimo la cabeza de David hacia a mi pecho, suavemente.

- Es Alejandro, un amigo del abuelo. Su mejor amigo.